



Los críticos como Naomi Klein están equivocados casi con precisión cuando dicen que las grandes corporaciones imponen a la gente que no lo desea los aturdidores ciclos de expansión y recesión. Por el contrario, la gente como nosotros es la que impone estos ritmos al capital. Siempre hemos querido estar cada vez más arriba y cada vez más abajo. Por eso bebemos y consumimos drogas. Una vida plana no es vida; por eso la gente se suicida en los países escandinavos. Expansión y recesión, fiesta y cruda, son parte de la naturaleza humana, tan natural como las estaciones o el trueno. El capitalismo moderno no hace sino magnificar nuestro impulso de atracarnos y purgarnos de comida, de casa, de mercancía, de la vida.

El misterio sagrado del capital

JULIAN GOUGH

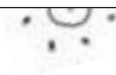
Escritor irlandés. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Corto de la BBC en 2007.

Muchos profetas predijeron el desastre. Mientras se desgarraban las vestiduras, gritaban que estas obras del hombre se apartaban de todo lo bueno y lo verdadero, y traerían consigo la destrucción. Se burlaron de los profetas. A algunos los llevaron al desierto. Pero entonces llegó un congelamiento de los mercados, un colapso de los productos estructurados, una destrucción de los activos financieros y una crisis del crédito global. Anunciado por los profetas y aun así de algún modo imprevisible por los modelos de riesgo de los bancos y los gobiernos, arrasó con trillones de dólares del valor de las casas y hubo más familias expulsadas a la calle que en el Éxodo. La crisis orilló al caos a las comunidades y las mercancías, de Nueva Zelanda a Islandia, de la soya al petróleo, y muchos banqueros fueron despedidos y grande fue su sufrimiento.

Por supuesto, la idea de la economía como una religión no es nueva. Como lo señaló Max Weber, los primeros protestantes consideraron el éxito económico como un signo divino de que uno era uno de los elegidos por el cielo. A partir de ahí, sólo quedaba un pequeño paso para buscar el éxito con el fin de asegurarse la salvación. El capita-

lismo, como dijo Walter Benjamin, se apropió silenciosamente del cristianismo de la Reforma y reemplazó a la religión: se convirtió en una religión, la religión occidental. De modo que cuando el protestantismo llegó a América, con él llegó el capitalismo: la América española católica nunca prosperó económicamente, en contraste con la Norteamérica protestante y anglosajona. Mi propia experiencia lo confirma: el colapso del catolicismo en Irlanda en los años noventa reflejaba el ascenso del capitalismo: el tigre celta era protestante.

Pero las religiones evolucionan y los acontecimientos recientes demuestran que el capitalismo ha comenzado a evolucionar menos a la manera de los pinzones de las Galápagos (cuyos picos se modificaron durante milenios para adaptarse a las bayas de su isla particular) y más a la manera de Hulk, el Hombre Increíble. El capitalismo de Hulk puede expandir el músculo de su crédito con tal rapidez, que sus ropas de activos del mundo real no se pueden estirar con la suficiente rapidez para contenerlo. Expansión, explosión, colapso —el capitalismo de Hulk, el Hombre Increíble se deja



caer, sorprendido y de nuevo encogido, con sus activos en hilachas.

O, regresando a la analogía religiosa, si el capitalismo fue una religión, ahora sería un culto seudocientífico deliciosamente demente. El capitalismo de Hulk es al capitalismo de Adam Smith lo que la ciencia es al cristianismo de Cristo. Tanto las altas finanzas modernas como la ciencia utilizan el lenguaje y las herramientas de la ciencia para finalidades que son religiosas, no científicas. Ambas responden a una necesidad, un anhelo que las viejas formas de la religión y el capitalismo ya no satisfacen. La necesidad de un poder misterioso superior a nosotros, en el que creemos. Éste debe ser poderoso –pero también debe ser misterioso. Y el misterio se ha ido desvaneciendo en el mundo cada vez más rápido, desde Galileo.

Sabemos de qué están hechas las estrellas y podemos calcular su recorrido a través de los cielos durante los próximos 10 mil años. Podemos explicar las tormentas y las inundaciones que alguna vez fueron evidencia de la ira de Dios. Pero conforme el avance de la ciencia ha desaparecido el misterio divino de gran parte de la vida, el avance del capitalismo de libre mercado lo ha traído de regreso. Sólo la economía moderna puede proveernos de fuerzas que no comprendemos. Y necesitamos eso en nuestras vidas.

Los críticos como Naomi Klein están equivocados casi con precisión cuando dicen que las grandes corporaciones imponen a la gente que no lo desea los aturdidores ciclos de expansión y recesión. Por el contrario, la gente como nosotros es la que impone estos ritmos al capital. Siempre hemos querido estar cada vez más arriba y cada vez más abajo. Por eso bebemos y consumimos drogas. Una vida plana no es vida; por eso la gente se suicida en los países escandinavos. Expansión y recesión, fiesta y cruda, son parte de la naturaleza humana, tan natural como las estaciones o el trueno. El capitalismo moderno no hace sino magnificar nuestro impulso de atracarnos y purgarnos de comida, de casa, de mercancía, de la vida. No hay que escuchar lo que dice la gente –siempre nos quejamos cuando somos libres de hacerlo–, hay que observar lo que hacemos. En cualquier situación en la que hay una barrera entre el capitalismo y la alternativa comunista/islámica/cristiana/de autosuficiencia agrícola,

¿en qué dirección salta la gente, excava túneles, nada, cruza de contrabando junto con sus hijos?

El capitalismo se considera arrogante, pero eso es solamente la rabia de Calibán al ver su reflejo. Lo extraordinario del capitalismo es su humildad y su negativa a juzgar. Nos dará lo que queramos; no nos obligará a aquello que piensa que necesitamos. A menudo nos molesta lo que descubrimos que queremos –pero ello se refleja en nosotros no en el sirviente que nos trae nuestros objetos fetiche y nuestras grasas saturadas. Con igual gusto nos traería tulipanes orgánicos. Si dejamos de desear un producto, el productor cambia o deja de existir. No hay nada con menor poder que una corporación.

De modo que ¿cómo se ha extendido con tal rapidez algo tan poco poderoso? Desde Adam Smith hasta ahora, han pasado poco más de 200 años. Al islam, al cristianismo y a las religiones de esa envergadura les tomó mucho más tiempo abarcar territorios mucho más pequeños. Y lo que es incluso más interesante, ¿por qué de repente, de manera explosiva, ha acelerado su expansión el capitalismo moderno durante los últimos treinta años?

Para que otro sistema reemplace a un sistema establecido sin derramamiento de sangre, el recién llegado debe ofrecer una mejora significativa. Y debe ofrecérsela a todos. La religión de Abraham y Moisés no explotó a lo largo del globo hasta que Pablo decidió abrir a todo el mundo la versión del judaísmo que pregonaba Jesús, sin distinciones de nacimiento. De igual manera, el capitalismo al viejo estilo era incapaz de convertirse en una religión universal porque no ofrecía a todos la esperanza de la salvación. Sólo quienes habían nacido en una elite de terratenientes y dueños de capital podían acceder al capital. Pero la reciente alza del capital de riesgo abrió el capitalismo a todos y lo convirtió, por fin, en una religión potencialmente universal.

Sólo era necesario un cambio y éste llegó en 1971. Ya que, mientras el dinero tuvo que ser respaldado por el oro, la economía se encontraba arraigada en el mundo material (al igual que el cristianismo fue tan sólo una filosofía interesante mientras Cristo estuvo vivo). El abandono del patrón oro fue la crucifixión y la resurrección del capitalismo: el acontecimiento traumático y liberador que permitió al capitalismo ser pura-





mente religioso y estar guiado completamente por la fe. Al igual que con todas las religiones, una vez que se cortó el vínculo con el mundo físico, el capitalismo de libre mercado lloró brevemente la pérdida y después experimentó un aumento de energía y expansión.

En una explosión de mercados de crédito, financiación con déficit y dinero basado en la fe, aplastó los comunismos soviético y chino y sacudió hasta sus raíces a las sociedades islámicas. Se expandió más y más rápido que el islam tras la muerte de Mahoma. El FMI y el Banco Mundial enviaron a sus misioneros a todas las naciones. Y su lengua ha reemplazado al latín como lengua universal, hablada por una casta sacerdotal de ropajes oscuros, pero articulada por la gente común sin entenderla. La gente lo necesita, tienen hambre de misterio, una casta sacerdotal, chamanes en contacto con grandes fuerzas. Y las altas finanzas modernas, al igual que el latín de la iglesia cristiana, guardan profundos misterios en su núcleo. Ni siquiera los banqueros saben lo que realmente es una obligación de deuda colateral al cubo.

Así como una vez el misterio esencial estuvo contenido en la frase *fiat lux* —que se haga la luz—, ahora se encuentra en la frase “*fiat dinero*”. El dinero, esa cosa sin peso, ese espíritu que está en todas partes y en ningún lado: esa nada en todo, es el Espíritu Santo del capitalismo. Y su contacto puede transformarnos en esta vida, lo que le proporciona una gran ventaja por encima de las religiones anteriores, que sólo nos ofrecen consuelo en la próxima. Un banco, con una base de capital de 10 billones de dólares, puede prestar 100 billones de dólares. Y aun así, con ese dinero la gente construye casas de verdad, maneja automóviles reales, come pan de verdad y bebe vino de verdad. ¿No es este un acto de creación? ¿No es un misterio digno de Dios?

Un banquero puede prestar un billón de dólares a una compañía minera. Este dinero basado en la fe, respaldado por nada, que se transfiere electrónicamente, sirve para convertir montañas en agujeros. La compañía minera envía el mineral a todo el mundo. Vivimos en la primera era en la que la fe puede literalmente mover montañas. Pero como ocurre con todas las expansiones religiosas, el éxito engendró la demencia ensoberbecida. La elevación

de lo metafísico por encima de lo físico se convirtió en una especie de desprecio por lo físico.

El mundo en el que la mayoría de los bancos estadounidenses podían crear alrededor de 500 trillones de dólares en acuerdos de intercambio de deuda era también el mundo en el que Estados Unidos no había construido una nueva refinería petrolera o un reactor nuclear en 25 años, y cuyos puentes y diques se estaban colapsando por falta de mantenimiento.

En cualquier época determinada, la única religión verdadera es tan abarcadora, satura a tal grado cada área de la vida, que casi desaparece. Dios acompañaba al cristiano medieval a hacer sus necesidades, a la cama, y juzgaba sus pensamientos y cada uno de sus actos. El comunismo era tan omnipresente que los esposos y las esposas censuraban las conversaciones privadas (vivo en el este de Berlín e incluso hoy se pueden distinguir los antiguos alemanes del Este por la manera en que hacen una pausa antes de responder a una pregunta, como si todavía tuviesen que sopesar todas las implicaciones de hablar con honestidad).

Los críticos del capitalismo de consumo se desesperan por la estupidez de las masas, que compran lo que desean, empacado como si fuera lo que necesitan. Pero esto es entender mal la transacción. Rezamos con nuestro dinero, que no está respaldado por nada más que fe, y sucede un milagro —nuestras canastas se llenan de bienes, muchas más cosas de las que podríamos hacer o cultivar nosotros mismos. En todas las demás religiones, uno va al templo y le da a los guardianes la comida que ha cultivado con dificultades. Bajo esta religión mejorada, el templo le da a uno la comida. Lo que ocurre cada vez que compramos en Tesco es un milagro semejante al de los panes y los peces.

Como todas las religiones verdaderas, el capitalismo se ha colado por las grietas entre la gente, ha llenado el aire, de modo que ya no podemos encontrar un lugar para observarlo. Excepto tal vez el desierto... Hace unos años asistí al Burning Man Festival, en Nevada. Una ciudad que aloja a 30 mil personas es construida en el desierto, tan sólo por una semana. Un Xanadu, un sueño que se vuelve realidad cada mes de agosto. El experimento más interesante de Burning Man es que funciona con





una economía de obsequios. Los únicos productos en venta son el hielo y el café. Cualquier otra necesidad debe ser cubierta con tus propios recursos o por el obsequio de unos a otros. Después del Festival, ayudé a desmontar la ciudad, hasta que no quedó huella de que hubiera existido. Mientras lo hacía, llevé una vida similar a la de un monje. No vi dinero durante aquellas dos semanas. Cuando tenía hambre, se me alimentaba. Si necesitaba ropa para la noche, o herramientas para hacer un trabajo, pedía y recibía.

Finalmente, regresé del desierto en un camión de 22 ruedas. Nos detuvimos en una parada para camiones. Entré y tomé la comida y el agua que necesitaba. Al salir, un hombre que se encontraba tras un mostrador se me quedó viendo mientras pasaba. Y me detuve y me di cuenta de que tendría que encontrar unas fichas hechas de papel y dárselas a este extraño, y que toda la compleja interacción humana involucrada en alimentar a un extraño, y toda la dificultad y el sudor de cultivar la comida, habían sido reemplazadas por un intercambio completamente simbólico de tiras de papel verde que llevan un ojo

y una pirámide. Y parecía tan maravilloso y arbitrario como podía ser para un miembro de una tribu amazónica que se topara con la ciudad.

De regreso en mi ciudad, encendí mi milagrosa luz eléctrica (*fiat lux!*) y vi toda la ciudad milagrosa que ningún individuo podía haber construido. Vi luces milagrosas en la ventana del rico y la misma luz en la ventana del pobre. Muchos hablan de las desigualdades del capitalismo moderno. Pero la verdad es más sutil y extraña. Antes, el cristianismo predicaba la igualdad del hombre, pero no pudo encontrar manera de hacer realidad esa visión. El comunismo trató y fracasó en forzar la igualdad sobre nosotros. Pero sólo nuestro moderno, excitable capitalismo, basado en la fe, ha proporcionado este grado de uniformidad e igualdad. Ikea, con sus sillas de seis euros, está entregando no sólo el cielo cristiano, sino el comunista: todos iguales, sentados en la misma silla, iluminados por la misma lámpara, en todo el mundo.

© Prospect Magazine, núm. 148, julio de 2008.

Traducción: Ana García Bergua.

